



SI NO HUBIERAS SIDO MADRE

◆ CAMILA SOTO

Mi bisabuela fue la mayor de nueve hermanos y, como era costumbre en su época, se convirtió en una segunda madre para los menores. Lo fue tanto que, cuando mataron a su padre y a dos de sus hermanos en la guerra, cruzó los Pirineos junto a su madre, sus hermanos y su hija recién nacida para estar juntos en los campos de concentración. Solo se separaron cuando le llegaron noticias de que habían apresado a su marido y volvió a España a buscarlo. Al resto de su familia los volvió a ver hasta 40 años después.

Tuvo cuatro hijos a los que crío sola (tres mujeres y un hombre), primero durante la posguerra y luego, en un país nuevo donde no conocía a nadie. Su marido fue otro hijo para ella, le llevó el desayuno a la cama todos los días de su vida. Cuando sus hijas crecieron y se casaron se mudaron a otros departamentos en el mismo edificio. Como ellas trabajaban, maternó también a sus nietos. Los llevaba caminando a la escuela y los recogía, les hacía de comer y los cuidaba por las tardes hasta que sus madres volvían del trabajo. En total tuvo nueve nietos en 22 años, de todos fue abuela y madre.

Se llamaba Josefa, pero le decían Yaya, que es como se les dice a las abuelas en el norte de España. Mucho se ha dicho acerca de que cuando una mujer es madre pierde su nombre para convertirse en “la madre de”, la Yaya perdió su nombre para convertirse en abuela. En la familia se dice que era una mujer fuerte, ¿cómo no serlo habiendo vivido una guerra, una posguerra y un exilio?; que nunca se quejaba, ¿con quién se iba a quejar?; y que, como era la que “tomaba las decisiones” en la casa se trataba de un matriarcado. Creo que lo que llamamos matriarcado es en realidad cuando los hombres en el patriarcado no saben, o no quieren hacerse cargo de su vida y esperan que las mujeres a su alrededor lo hagan. No puedo evitar pensar en la Yaya llevándole el desayuno a la cama todos los días a su marido y teniendo la comida servida en el momento en que él llegaba de trabajar para que no se enojara.

Nunca expresó su cariño físicamente, pero le gustaba hablar. Podía pasar horas contando historias de su niñez en África, del hermano al que atropellaron en una acera en Madrid, de la guerra y la posguerra, del abuelo que engañó a la abuela con la hijastra y del perico que los delató, del viaje en barco a América que duró lo mismo que el de Colón (70 días) y en el que se la pasó mareada. Haber escuchado esas historias es, para mí, la muestra más grande de cariño. Recuerdo en especial una reunión donde todos le pedían que contara alguna anécdota, alguien le preguntó que, si pudiera volver en el tiempo, qué cambiaría de su vida. “No hubiera tenido hijos”, respondió tajante y sin dar mas explicaciones. “¿iCómo dices eso!? Entonces ninguno de nosotros estaríamos aquí”, le reclamó alguna tía ofendida.

Cada verano, cuando nos despedíamos hasta el siguiente año, ella respondía “Si sigo viva”. La Yaya murió en su cama a los 91 años, se despidió de todos sus hijos y nietos. Escribiendo estas líneas pienso que me hubiera gustado hacerle la pregunta que nadie le hizo aquella vez: ¿Qué hubieras hecho si no hubieras sido madre? ●



IMAGEN: CORTESÍA DE LA AUTORA